

Conquistadores (Fragmento de novela inédita, *The Conquistadora*). 1826-1849

Esmeralda Santiago (Escritora puertorriqueña residente en Estados Unidos)

De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco...

Ana era descendiente de uno de los primeros hombres que navegaron con Cristóbal Colón, el Gran Almirante de la Mar Océana. Tres hombres de la rama paterna de su familia, vascos con grandes conocimientos del mar y una temeraria curiosidad por lo que había al otro lado del horizonte, estuvieron entre los conquistadores originales. Dos de sus antepasados de apellido Larragoiti, perdieron la vida en combate con fieros caribes en La Española. Agustín, el tercero de ellos, se distinguió como intrépido civilizador y evangelizador, y en 1509 recibió como premio una aldea completa de nativos en la isla de San Juan Bautista.

Los taínos recogieron pepitas de oro suficientes para que Agustín pudiera regresar a España, donde, por razones que la familia nunca pudo determinar, prefirió retirarse en Sevilla y no en el pueblo de sus ancestros. Además, cambió la ortografía de su apellido, sustituyendo la *i* final con una *y*, letra inexistente en lengua vasca. Ana se imaginaba que, para Agustín, la sencilla *i* con la que terminaba el apellido Larragoiti no era tan majestuosa como la *y* de curvatura caprichosa, sinónimo de opulencia y agresividad masculina. Las siguientes generaciones de hijos y sobrinos de Larragoity zarparon desde Sevilla por el río Guadalquivir, en espera de reproducir la historia de éxitos de Agustín. Según Gustavo, el padre de Ana, los Larragoity tenían descendientes en México, Perú y Venezuela, los cuales eran propietarios de cuantiosas fortunas.

Por la rama de los Cubillas, Jesusa, su madre, contaba con tres soldados, dos frailes franciscanos y tres comerciantes cuyos diarios y cartas, en los que se describían los rigores y recompensas de la colonización en las Antillas, pasaban de generación en generación, leídos y debatidos en reuniones solemnes. Y había Cubillas dispersos por el Nuevo Mundo, también poseedores de grandes riquezas y considerados entre las principales familias antillanas.

Sin embargo, las hazañas sobre el hombre y la naturaleza de las que tanto se enorgullecían resultaron meras conjeturas. Los miembros de las familias Larragoity y Cubillas que quedaron en España ignoraban cuál había sido el destino de los conquistadores, comerciantes y religiosos después de 1757, año en que cesó abruptamente la correspondencia del último remitente de las colonias, un tabacalero residente en Cuba. Y las cartas

abundantes en proezas, objeto de tal fabulación y exageración que en nada se asemejaban a las narraciones originales, pasaron a preservarse en las cajas fuerte de las residencias de los patriarcas sobrevivientes de los clanes Larragoity y Cubillas.

Si bien su riqueza, orgullo y honor dependían de los herederos varones, Gustavo y Jesusa perdieron tres hijos consecutivamente, a escasas semanas de su nacimiento. En el séptimo año de su matrimonio, y luego de un día y medio de parto, Jesusa dio a luz a una saludable niña, el 26 de julio de 1826. No tenía nada en común con sus familiares vivos, que eran hombres y mujeres altos, robustos, de ojos y cabellos claros y narices pronunciadas, cuyos labios arrogantes se contraían en una mueca de desdén a la menor provocación. Si Jesusa no la hubiera traído al mundo luego de veintinueve horas de sufrimiento, no habría reconocido como suya a aquella criatura pequeña, de ojos negros y cabellos del mismo color, que no se parecía a nadie más que al retrato de don Agustín que presidía la galería. Jesusa le dio el nombre de Gloriosa Ana María de los Ángeles Larragoity Cubillas Nieves de Donostia, y específicamente Ana, en honor a la santa protectora de las embarazadas, en cuyo día había nacido. Y como no se consideraba apropiado que una mujer de alta sociedad amamantara a sus hijos, se contrató a una gitana robusta para que se encargara de tal labor. Ana progresó y sobrevivió sus primeros días, sus primeros tres meses, luego los nueve, y en su primer año pasaba de los brazos de su nodriza a su sirvienta, moviéndose animadamente.

Jesusa duplicó sus oraciones y sus obras de caridad, en espera de que Santa Ana intercediera a su favor para que pudiera volver a salir embarazada y concebir a un varón. Pero las súplicas se volvieron aire trémulo ante las velas, y su vientre siguió estéril. Jesusa culpaba a Ana de su infertilidad, y cada vez que la miraba, veía desvanecidas sus esperanzas de dar a luz a un heredero. Sin hijos varones, las casas, los muebles y la riqueza de Gustavo Larragoity Nieves, a su muerte, pasarían a manos de su hermano menor, cuya feraz mujer había traído al mundo tres hijos saludables.

Desde pequeña Ana fue criada por sirvientas norafricanas. En cuanto la niña se encariñaba con una, Jesusa la despedía y la sustituía por otra, quejándose con frecuencia ante sus amigas de que resultaba imposible encontrar sirvientes confiables.

— Nunca debimos darles la libertad a los esclavos en España decía a sus amigas, quienes le daban la razón.

En España, los esclavos habían sido capturados en las guerras o secuestrados en África e Hispanoamérica. Una práctica que, aunque abolida en España en 1811, seguía vigente en sus colonias. Casi dos décadas después, a Jesusa le seguía molestando que Almudena, su sirvienta personal, que había prestado servicios a la familia durante tres generaciones, desapa-

reciera en cuanto llegó la noticia de la liberación de los esclavos, y nadie más la volvió a ver ni se oyó hablar más de ella. Jesusa era autoritaria y exigente; cuando cumplió cinco años, Ana entendió la razón por la cual Almudena se había marchado en la primera oportunidad que tuvo.

Los primeros recuerdos de Ana eran las llamadas al salón de recibir de Jesusa, donde tenía que impresionar a las visitas de su madre con hermosas reverencias y buenos modales. Se le permitía estar algunos minutos con las señoras, casi asfixiada por tanto volante y siseo de basquiñas. Las damas dejaban de hacerle caso en cuanto terminaba su sesión de reverencias, y seguían hablando sin interrupción hasta que Jesusa les recordaba que la niña aún estaba allí y le pedía a la sirvienta que se la llevara.

A los diez años Ana fue enviada a la misma escuela conventual de Huelva donde estudiara Jesusa, cerca de la residencia de los Cubillas. Algunas de las monjas del Convento de las Buenas Madres recordaban a Jesusa cuando era niña, y comparaban desfavorablemente a Ana con su madre, la cual, según ellas, era todo lo contrario de su hija: devota, obediente, humilde y recatada. A diferencia de Ana, a Jesusa nunca se le hizo masticar ají picante por haberse equivocado en el *ora pro nobis peccatoribus* del avemaría. A su madre tampoco se le obligó a arrodillarse sobre granos de arroz en una esquina para curarle su constante nerviosismo, tan impropio de una dama. Jesusa jamás faltó a misa para así poder acostarse sobre el pasto reciente de una deslumbrante mañana primaveral y, al cerrar los ojos, contemplar el rojo resplandor que reemplazaba la negrura habitual tras los párpados. Sin embargo, Ana, a causa de esa infracción, tuvo que permanecer acostada boca abajo todo un día sobre el suelo de piedra de la capilla, sin agua ni comida, rezando en voz alta, lo suficientemente alta como para que llegara a las monjas que se turnaban para escucharla durante la vigilia.

Ana pasaba sus vacaciones de Navidad y Semana Santa con sus padres en Sevilla, donde se le permitía salir a tomar el sol al patio, pero se le prohibía visitar la vibrante ciudad sin la compañía de su madre y un sirviente. Al igual que muchas sevillanas, Jesusa se cubría la cara con un velo para salir a la calle, como si fuese demasiado hermosa para que la vieran. A Ana le hacía feliz el hecho de que, como aún era una niña, no tenía que usar velo, lo cual le permitía mirar a todas partes mientras recorrían la ciudad.

Las calles estaban llenas de vendedores, carteristas, monjas y monjes, marinos y comerciantes, gitanos y vagabundos. Ana y Jesusa asistían diariamente a misa en una de las capillas de la magnífica Catedral de Santa María de la Sede, edificada en el siglo XV y cuya construcción y decoración fue pagada por los potentados que llegaban a Sevilla procedentes del Imperio Español. Las amplias arcadas góticas, los santos y vírgenes recubiertos de oro, el elaborado altar y los numerosos nichos representaban la

riqueza de la ciudad y la gloriosa historia de España. Ana se sentía pequeña e insignificante cada vez que se sentaba bajo la bóveda de la iglesia. Sus altas columnas eran como dedos señalando al purgatorio adonde, según las monjas, iría a parar ella si seguía siendo tan desobediente.

Ana y Jesusa encendían velas ante los santos dorados, y dejaban caer unas cuantas monedas en las manos de los mendigos que se sentaban en los escalones. Luego se encaminaban al cementerio para llevar flores a las tumbas de los tres niños muertos a los que Ana no podía sustituir. También les llevaban remedios a los vecinos enfermos. Ambas cotilleaban con las mujeres y muchachas que las visitaban y a las cuales debían visitar como corresponde; y, en las noches, cuando Ana ya tuvo edad suficiente, asistían a los bailes con el propósito de exhibir a Ana ante sus pretendientes potenciales. Y entre obligaciones religiosas y compromisos sociales, Ana permanecía en casa, cosiendo o bordando junto a Jesusa, mientras dos perros falderos gruñían y roncaban sobre una cesta acolchada a sus pies.

— Concéntrate en lo que haces —le decía su madre cuando Ana se quedaba contemplando un pedazo de cielo a través de la estrecha ventana de elaborados cortinajes—. Por eso tus costuras salen torcidas. No prestas atención.

Su madre la criticaba por no sentarse erguida, por dar su opinión como si ésta le importase a alguien, por no arreglarse el pelo adecuadamente, por no tener amigas en Sevilla.

— ¿Pero cómo puedo tener amigas aquí si me has confinado a un convento?

— Trágate esa lengua viperina —le advertía Jesusa—. Nadie habla contigo porque eres muy desagradable.

Ana se preguntaba si otras muchachas se sentirían como ella, sin trascendencia alguna, como una presencia indeseable para sus padres. La llenaba de resentimiento el obvio desencanto de Jesusa y, al mismo tiempo, trataba inútilmente de ganarse su cariño. Y evitaba a su padre, quien la miraba con desdén cuando la tenía cerca, como si lo ofendiera por el simple hecho de ser mujer.

La joven llegó a la pubertad al mismo tiempo que Jesusa entró en la menopausia. Cuando menos lo esperaba, Ana sentía sobre ella la mirada de su madre, una combinación de envidia y disgusto que las confundía a ambas. Si no fuese por Iris, su sirvienta, Ana habría creído que se estaba muriendo la primera vez que vio sangre en sus bragas. Le avergonzaban los cambios que se producían en su cuerpo y sus emociones intensas, similares a las de Jesusa. Pero se le impedía hacer comentario alguno al respecto, y ni siquiera podía pensar en ninguno de sus sentimientos desconcertantes y dislocados. Exploraba las nuevas sensaciones de su cuerpo, pero como se imaginaba que Dios fruncía el ceño cada vez que se pasaba los dedos por

sus senos en flor para sentir el placer del contacto, hasta sus pensamientos eran prohibidos.

Sus compañeras de clase hablaban de la creciente cercanía que iban teniendo con sus madres a medida que se convertían en jovencitas, y Ana deseaba que Jesusa fuera como aquéllas: cariñosa, cálida, atenta, alentadora y dispuesta a responder sus preguntas. Pero Jesusa había sepultado su amor maternal en las tumbas de sus tres hijos muertos.

— Te quiero, mamá —le dijo Ana a Jesusa en cierta ocasión—.

— Por supuesto que sí —le respondió Jesusa—. Cada vez que se acordaba de aquel día, Ana se sentía aún más abandonada, porque Jesusa no le respondió con otro “Te quiero”.

Aunque su casa estaba exenta de afecto, Ana sabía que al menos había cierta preocupación por su futuro. Para que no dependiera de su arrogante tío a la muerte de Gustavo, sus padres esperaban que se casara con un hombre rico. Ana no creía que el matrimonio podía traerle la libertad de la dependencia. En realidad era lo opuesto. Su vida sería como la de Jesusa: encerrada tras espesos cortinajes dentro de muros de piedra, atrapada en el deber y el arrepentimiento diario por sus faltas. Cada vez que se imaginaba aquella vida, a Ana le invadía la ira al pensar que no tenía el control de su propio destino y le daban deseos de escapar.

Como Ana aportaría una dote y no una fortuna, era improbable que alguno de los solteros más codiciados que pululaban por salones y bailes se fijase en ella, ante la presencia de alguna presa más adinerada. Además, también estaba consciente de que no era una señorita típica. Era moderadamente hermosa, especialmente cuando sonreía, pero no bailaba bien, no tocaba ningún instrumento, aborrecía la charla intrascendente, se negaba a adular a los jóvenes que se le ponían delante, y no soportaba las intromisiones de las dueñas y las posibles suegras que evaluaban sus estrechas caderas, escudriñándolas aun por debajo de las siete enaguas que Jesusa insistía en que se pusiera para darle forma a su figura pequeña y delgada.

La muchacha contaba los días que faltaban para las vacaciones de verano que pasaba en la hacienda de su abuelo materno en Huelva, cerca de su escuela. El anciano viudo no era más afectuoso que sus padres, pero el abuelo Cubillas no se molestaba en señalarle constantemente que era un fracaso y había contratado a una dueña para que le hiciera compañía cuando Ana estuviera de visita. Doña Cristina era una viuda humilde, de naturaleza impecable, pero carente de imaginación. En cuanto se le daba la oportunidad, Ana huía de los folletos religiosos y los bastidores de bordado que formaban parte indisoluble de doña Cristina.

El abuelo dejaba que Ana hiciera lo que le viniese en gana, siempre y cuando no interfiriese con sus rituales de comer, beber vino, fumar su pipa y leer en una butaca de piel acolchada, con las piernas sobre un escabel y el

regazo y los muslos cubiertos por un edredón cosido a mano por su madre. El abuelo había nacido en pleno terremoto de 1755 y pasó gran parte de su vida en la inmovilidad, como esperando a que desaparecieran las réplicas de aquel sismo.

Después de las oraciones matutinas, Ana desayunaba con el abuelo y doña Cristina, y luego salía de paseo. Fonso, el mozo de cuadra, le enseñó a montar a caballo a horcajadas como las gitanas, siempre ante la mirada de chaperona de su hija Beba, una viuda robusta.

— Una mujer debe saber defenderse —le dijo Beba en cierta ocasión, poniéndole a Ana una pequeña navaja en el bolsillo—. No temas usarla si tienes que hacerlo.

Fonso colocaba dianas al otro lado de los pastos, en las que Ana aprendió a disparar con rifle. Una vez mató un jabalí. La joven disfrutaba de emocionantes cabalgatas por el campo, con el viento susurrándole en los oídos, el rostro enrojecido y el corazón latiendo intensamente. Allí era libre, fuerte y capaz: todo lo que nunca sintió en Sevilla.

Todas las mañanas Beba les daba de comer a las gallinas, los patos y los gansos, y seleccionaba los más gordos y envueltos en carne para cocinarlos. Luego recogía huevos y le mostraba a Ana cómo dejar la cantidad suficiente para que las gallinas pudieran empollar. También le enseñó a matar pollos (torciéndoles el pescuezo) y cómo sacar y guardar el plumón de los patos y gansos para usarlos en almohadas y edredones, y las plumas crecidas para los colchones.

— Deja que se seque el cálamo y luego úsalo para hacer abanicos y decorar sombreros —le demostraba, mientras les sacaba plumas de la cola a los faisanes y los pavos reales—.

Ana aprendió a ordeñar vacas, ovejas y chivas con las lecheras; la mujer del jardinero le enseñó a hacer queso. Le encantaba la cueva fría y húmeda donde se añejaban los quesos, el primer tufillo del requesón, el pronunciado aroma del suero. Aprendió a manejar el cuchillo afilado cuando ayudaba a hacer injertos de árboles frutales con el anciano jardinero. Y batía mantequilla con su esposa. Era más feliz en los jardines, campos y huertos de la hacienda que en los salones entarimados de Sevilla.

Doña Cristina se escandalizaba por el apego de Ana a las clases bajas, pero al abuelo le encantaban los impulsos democráticos de su nieta.

— No hay nada que deteste más que una mujer prejuiciada y de mente estrecha —dijo—.

— ¿Por qué, señor? Si usted piensa que soy lo uno o lo otro...

— No te acuso de nada —respondió el abuelo—.

— No estoy criticando a su amada nieta. Simplemente le digo que es... bueno, que es una señorita de buena familia que se codea con...

— Me fatigas —ripostó el abuelo—. Déjame tranquilo, y déjala estar...

Sin embargo, tal vez a causa de la preocupación de doña Cristina, el abuelo insistía en que Ana le dedicase tiempo a otros menesteres.

— Fonso, Beba y la servidumbre te enseñarán las ciencias prácticas y naturales. Las monjas alimentarán tu espíritu, y tu madre y tus dueñas te enseñarán a hacerte mujer y madre y te entrenarán en los deberes de manejar una casa. Pero yo tengo la llave para el mejor regalo: una mente ágil y creativa —le dijo el abuelo, y puso a su disposición su biblioteca, donde podía leer cualquier libro que le interesara—. Allí fue donde encontró los diarios de su antepasado don Hernán Cubillas Cienfuegos. Aquellos folios amarillos y consumidos por el tiempo, escritos con letra apresurada en tinta marchita y con borrones, despertaron en Ana las ansias de aventura.

Don Hernán era uno de los conquistadores al servicio de Juan Ponce de León en su primera expedición oficial a San Juan Bautista en 1508. Allí estaba cuando gran parte de aquella vanguardia pereció en el pantano insalubre que Ponce de León había escogido como primer asentamiento en Caparra, y había sido uno de los que persuadieron al conquistador a trasladar la colonia a una isleta ventilada y sana al otro lado de la bahía. A partir de la muerte de Ponce de León en 1521 el nombre de Borínquen que los —conquistadores habían rebautizado como San Juan Bautista— fue cambiando paulatinamente al de Puerto Rico, quedando así San Juan como el nombre de su capital fortificada.

Los diarios y cartas de don Hernán tenían ilustraciones de paisajes, coloridas aves y flores, vegetales de formas extrañas, hombres descalzos y mujeres con plumas y conchas en los cabellos. La mayoría de esas mujeres iban desnudas, pero algunas llevaban faldas cortas a las que don Hernán llamaba naguas. Aparentemente los hombres llevaban al aire sus partes pudendas, aunque no resultaba fácil distinguirlas, pues don Hernán los representaba siempre en perspectiva a tres cuartos, de perfil o con una vara, arco u otro objeto que cubría aquello que más deseaba ver Ana.

Don Hernán narraba los detalles de una vida ardua y marcada por mortales ataques de guerreros caribes, terremotos, fiebres y violentas tormentas que destruían todo lo que hallaban a su paso. Pero también hablaba de brillantes pepitas de oro que yacían en el fondo arenoso de prístinos ríos, frutas raras que colgaban de plantas trepadoras, bosques infranqueables y troncos de árboles cuya anchura sólo la podían cubrir cinco hombres uno junto a otro, con los brazos extendidos y tocándose los dedos de las manos. Según él, había ilimitadas posibilidades en aquella tierra misteriosa. Al igual que los demás conquistadores, su propósito era enriquecerse, pero para lograr su botín había que domeñar la naturaleza.

Las cartas de don Hernán cesaron abruptamente en 1526. Al año siguiente un soldado trajo un baúl que contenía sus diarios y cartas, con el encargo de comunicarle a la familia que el conquistador había muerto de

cólera, pero éste seguía vivo en la imaginación de Ana, que durante su niñez dedicara incontables horas a leer sus relatos, a estudiar sus dibujos, tratando de descifrar los sentimientos de un español pálido y de ojos azules al encontrarse por primera vez con los nativos de ojos negros y piel marrón del Nuevo Mundo, y cómo se habrían sentido los taínos al ver a aquellos hombres descendiendo de los veleros, remando hacia la costa con cascos de metal, brillantes bombachas y relucientes espadas toledanas, acompañados por perros y un hombre con sotana que portaba un crucifijo.

Tarde en la noche, inclinada sobre la trémula veladora que iluminaba los diarios de don Hernán, Ana lamentaba haber nacido mujer y con varios siglos de retraso para poder ser exploradora y aventurera como sus ancestros. Leía cada relato posible acerca de la increíble misión que emprendió España para descubrir nuevas tierras, pacificar a los nativos y controlar las riquezas del hemisferio.

Ana se enteró de que la mayoría de los conquistadores eran pobres, hijos segundos y soldados veteranos de muchas batallas pasadas, pero con pocas esperanzas de futuro. Y aunque ella no era ni lo uno ni lo otro, sentía que la mano de don Hernán se abría paso hacia ella a través de los tiempos. Aunque era una niña enclaustrada y atrapada en las expectativas impuestas por la sociedad, se identificaba con la audacia de los conquistadores y su certidumbre de que, si les volvían la espalda a su país, a su familia y sus costumbres, podrían hacer fortuna y lograr una vida más promisoriosa con el sudor de su frente y el poder de su espada. Mientras más leía, más anhelaba aquel mundo que alentaba más allá de su balcón, lejos de los pasillos resonantes de la escuela conventual, del hogar y de la decepción de sus padres.